

jas, una leal amante, una fiel esposa y el ornato de la sociedad? Violentar la naturaleza, anticipar las pasiones, es matar las ilusiones antes de conocerlas; cegar el corazón a los placeres puros del alma con placeres buscados y estériles; marchitar la existencia con el hastío y el dolor en la primavera de sus días; envejecer sin haber llegado a la juventud; acercar al fuego el botón del delicado lirio, queriendo con él suplir el calor gradual y fecundante del sol, abortando una flor marchita desde el nacer, de hojas sin color y sin aroma, sin lozanía y raquílica.

—¡Muy bien!

—Dirá usted que ni de mi edad ni de la carrera que he abrazado, espera usted este razonamiento; pero le diré a usted que estas ideas son el resultado de una educación altamente religiosa y moral inculcadas por mi adorada madre desde mis primeros años.

—Son excelentes, sin duda.

—Además de que siempre he creído que en todas las carreras de la vida, la base principal para cumplir con los respectivos deberes, son la religión y la moral. Yo no quiero en el militar el valor de la fiera; quiero, sí, el pundonor del hombre honrado, la lealtad y la piedad con el vencido, que exige la religión, el buen comportamiento que reclama la moral, y la deferencia y la finura que resultan de una educación escogida.

—Tiene usted razón.

Al llegar a este punto de la conversación, se acercó a don Juan un ayudante del general, diciéndole que le llamaba.

El juicioso y elegante joven se separó de su amigo, y se dirigió a saber lo que tenían que comunicarle.

Rafael volvió a entregarse a sus tristes ideas, y la mujer, enviándole una mirada de compasión, azotó a su caballo y se alejó a medio galope.

Después de una jornada penosa y larga, la tropa llegó al Peñasco, donde pasó la noche con bastante incomodidad, por la falta de casas para alojarse y la carencia de tiendas de campaña con que substituir aquéllas.

Don Juan y su amigo Rafael se alojaron en la humilde choza de un indio.

Poco después, al lado de esta choza, se improvisaba una excelente cantina, a donde acudía la oficialidad a refrigerarse.

La persona que despachaba en ella era la misma mu-

jer que hemos visto detenerse en el camino a escuchar la conversación de los dos jóvenes.

Estaba aún cubierta con su pañuelo, y metido el sombrero de palma hasta las cejas, sin que se pudiera descubrir nada de su rostro.

¿Se había colocado allí por casualidad, o había escogido aquel sitio para estar cerca de los dos amigos y escuchar todo lo que hablasen?

Difícil es la respuesta.

Pero lo que sí es cierto, es que en todas las jornadas que se fueron haciendo, Bocas, La Hedionda, El Venado, Charcas, Laguna Seca, Solís, la Presa, Matehuala, el Cedral, las Animas; el Salado; la Encarnación y el puerto Carnero, la tienda de la mujer tapada se levantaba siempre junto al alojamiento de don Juan y de Rafael, sin que nadie hubiese logrado verla el rostro.

Pero, ¿por qué aquel empeño en tenerlo cubierto constantemente?

¿Era una linda joven que seguía, disfrazada, a su amante, o una mujer de aspecto fiero que, para no desencantar a los curiosos y atraer por aquel medio compradores, había echado mano de aquel ingenioso ardid?

Esto es lo que muchos se preguntaban a sí mismos sin que pudiesen resolver el problema.

CAPITULO IV

Batalla de la Angostura

Era el 21 de febrero.

Toda la división se había concentrado, después de largas y penosas marchas, en la Encarnación.

Al toque de las cornetas y de los tambores, lenguas bélicas que enardecen el espíritu del soldado, el ejército mexicano, lleno de entusiasmo porque se acercaba el día del combate, acudía empuñando sus brillantes armas, al sitio designado para pasar la gran revista.

El general Santa-Anna, seguido de su lucido Estado Mayor, recorría a caballo la extensa línea entre los más entusiastas vivos a México.

Los soldados presagiaban un éxito feliz, al ver a la cabeza un jefe que les inspiraba ciega confianza, y el general estaba orgulloso de mandar un ejército valiente y

aguerrido, con quien no dudaba ni por un instante alcanzar la victoria.

La fuerza, que al salir de San Luis constaba de dieciocho mil hombres se encontraba reducida a catorce mil.

Había habido, pues, antes de darse la primera batalla, una baja de cuatro mil combatientes.

Esta enorme pérdida reconocía por causa la falta de tiendas de campaña, de buenos víveres, de agua; calamidades terribles, a las cuales se agregó el penoso temporal que por espacio de algunos días acosó el ejército, que sin abrigo, caminando por inmensos desiertos y privado de todo, dejaba el camino regado de muertos, de enfermos y de cansados.

Sin embargo, el espíritu de los que se habían sobrepuerto a la intemperie y a las necesidades, era entusiasta y patriótico.

La presencia de su predilecto general Santa-Anna, y la proximidad del enemigo, les infundía nuevos bríos y los reanimaba.

A la una del día tomó el rancho la tropa; llenó de agua las caramañolas, vitoreó a sus jefes y a la patria, aprestó sus armas y emprendió su marcha por el puerto del Carnero.

Los cuerpos ligeros, mandados por el general Ampudia, abrían la marcha; seguíanlos el cuerpo de Zapadores, con la batería de a 16; luego, las tres divisiones de Pacheco, Lombardini y Ortega; en seguida el resto de la artillería, con sus correspondientes dotaciones y el material de guerra; después, la caballería de Juvera y de Torrejón; y por último, cubriendo la retaguardia, la división del general Andrade.

El general en jefe, rodeado de la brillante oficialidad que formaba su Estado Mayor, recorría todas las divisiones, entusiasmando con su presencia al soldado que, al verle parecía dejar su cansancio y recobrar sus fatigadas fuerzas.

Don Juan, soñando con grados y gloria militar, marchaba suspirando porque llegara el ansiado momento del combate.

A aumentar el entusiasmo y la alegría vino la llegada de un correo de México, que llevaba cartas para el ejército.

Todos leían con avidez y vertiendo lágrimas de placer, en medio del desierto, los caros caracteres, ya de una madre, ya de una esposa, de una hermana, de un hijo, de un amigo, o ya de su amada.

Aquellos renglones eran dulcísimos para quienes lejos de

la sociedad y de sus familias, se preparaban a un combate terrible y sangriento.

Para muchos era como la tierra despedida de ver en el mundo.

¡El adiós triste y eterno de las personas que más amaban sobre la tierra...!

—¿Le han escrito a usted, don Rafael?—le preguntó a éste don Juan, acercándose a él caminando a caballo a su lado.

—Sí; me ha escrito nuestro común amigo Leopoldo, quien me da memorias para usted.

—¿Y Núñez?

—No me escribe, y lo extraño.

—¿Ni Leopoldo le da a usted memorias de él?

—No le nombra para nada, y ese silencio me alarma.

—Tal vez se haya extraviado la carta de Núñez.

—O le haya sucedido alguna desgracia.

—No, porque entonces se la comunicaría a usted Leopoldo, pues sabe la amistad que se tienen ustedes.

—Por eso mismo, si ha tenido lugar algo que pueda desagradarme, tratará de ocultármelo. Ya le he dicho a usted que temo que sean sus enemigos los mismos que lo son de Leopoldo.

—Pues yo creo que nada le ha sucedido y que si no ha recibido usted carta de él, es porque se ha extraviado.

—¡Dios lo quiera!

—¿Y no dice a usted Leopoldo a qué altura se halla el negocio de su casamiento con Clotilde?

—Respecto a eso se manifiesta triste y desconsolado. Dice que Clotilde está en un estado de decaimiento extremo, que la melancolía la mata..., que nada le consuela, y que tal vez muy pronto la verá bajar al sepulcro.

—¡Pobre Leopoldo!

La mujer de quien ya hemos hecho mención antes, y que tapado el rostro con un pañuelo para defenderse del sol y del polvo, había procurado en todas las jornadas ir lo más cerca posible de aquellos dos amigos, poniendo atención a cuanto hablaban, marchaba también entonces detrás de ellos, escuchando el diálogo en que iban entretenidos.

—Con respecto a Luz, me dice que nada se ha conseguido saber a pesar de seguirla buscando sin cesar, como yo se lo recomiendo en todas mis cartas; pero que continuará en su tarea, hasta salir airoso de su empresa.

—Sí; y cumplirá su oferta, y la hermosa Luz aparecerá.

—¡Ah! ¡Daría diez años de mi vida por verla..., toda mi fortuna..., mi sangre toda...!

La encubierta hizo un movimiento como para hablar; pero se contuvo de repente y volvió a guardar silencio.

Parecía que las últimas palabras de Rafael le habían conmovido, que sus padecimientos le afectaban.

Terminada la jornada de aquel día, el ejército hizo alto en el puerto de Carnero, donde pasó la noche, en medio de inmensos bosques de palmas.

El frío era tan intenso, que los soldados, para poderlo resistir, se vieron precisados a prender fuego a las inmensas arboledas que los cobijaban.

Las llamas, sacudidas por el viento, treparon incendiando las copas de las palmas, y un océano de fuego servía de toldo a los atrevidos guerreros que, hambrientos, pero llenos de abnegación y de patriotismo, vagaban afanosos como terríficos fantasmas, a la luz de los relámpagos de una horrorosa tempestad.

Por fin, amaneció el día 22, y los rayos del sol vinieron a calentar los helados miembros de aquellos sufridos soldados.

El general Santa-Anna montó a caballo y se presentó a las tropas, excitando su ardimiento.

Después de dirigirles una corta, pero entusiasta alocución, arrió espuelas al caballo, y se adelantó hasta el punto más avanzado, donde iban las descubiertas, cuyo patriotismo se manifestó dando vivas a México y a su general.

—Señor —le dijo un ayudante acercándose a él—; acabo de saber que el enemigo, lejos de esperarnos en Agua-Nueva, como lo creíamos, se retira a paso veloz, después de haber incendiado la hacienda.

—Pues marchemos en su persecución — exclamó Santa-Anna, irradiando sus ojos de entusiasmo.

Y mandó a la caballería que, sin pérdida de tiempo, tomase la vanguardia.

Aquella orden fué cumplida en el momento; y mientras las divisiones de infantería hacían alto para mitigar su sed y llenar de agua las carmañolas, los soldados de caballería, fieles a la voz del deber, pasaron sin detenerse a descansar ni a mitigar la ardiente sed que los devoraba.

Poco tardaron en avistarse con el enemigo, que los esperaba en el campo de batalla, conocido con el nombre de la Angostura.

El terreno en que se habían situado los norte-americanos,

estaba lleno de sinuosidades, de barrancas y de lomas, que les brindaban grandes ventajas para hacer inútiles los esfuerzos de la caballería y combatir con buen éxito.

La posición era verdaderamente formidable.

Cada loma, cada punto ventajoso y de difícil acceso, estaba defendido por una batería pronta a sembrar la muerte sobre los que intentasen avanzar un paso.

Esta imponente actitud de los norte-americanos, y las ventajas que les proporcionaba el terreno que habían elegido, parecía que contendrían al ejército mexicano; pero nada pudo enfriar el entusiasmo de las tropas mandadas por el general Santa-Anna; antes por el contrario, a la vista de los obstáculos, creció más y más su deseo de combatir, y despreciando los peligros, y olvidando el cansancio producido por la jornada de doce leguas que acababan de andar aquel día, se arrojaron sobre el enemigo con un denuedo digno de eterna remembranza.

La brigada del general Mejía, que fué una de las primeras en llegar al campo de batalla, se situó a la izquierda del camino, entre unos sembrados, sostenida por un cuerpo de caballería; a la derecha, y formando dos líneas con sus competentes reservas y baterías, se encontraba el resto de la infantería. En la retaguardia se situó la caballería, dispuesta a caer como un torrente sobre el enemigo, a la menor indicación del general.

Santa-Anna, aprovechando el patriótico ardor de sus soldados, mandó al general Ampudia que, con los cuerpos ligeros que mandaba, se apoderase de un cerro de suma importancia para el éxito de la batalla, y que los norte-americanos se habían descuidado ocupar.

Ampudia obedeció la orden, y se dirigió al sitio indicado.

El general contrario, Taylor, al observar aquel movimiento, conoció la importancia de aquella posición, y tratando de reparar su descuido, envió por su parte una fuerza respetable para que se apoderase del importante cerro, antes de que llegasen las tropas mexicanas.

Las fuerzas de uno y otro campo se encontraron bien pronto.

Ambas querían para sí la posesión de un punto tan ventajoso, y conociendo que la fuerza había de resolver la cuestión, se trabó un reñido y sangriento combate.

—Mi general —dijo un gallardo joven, acercándose lleno de entusiasmo a Santa-Anna—, ¿me permite usted que participe de los peligros de los compañeros que disputan la posesión de aquel cerro? Tengo vehementes deseos de com-

batir, y tal vez seré útil para ocupar el lugar de alguno de los valientes oficiales que sucumban.

—Todas las personas que me rodean anhelan como usted medir sus armas con el enemigo; pero esperan el momento dispuesto por mí para obrar en combinación y alcanzar un triunfo completo. Sin embargo, como la presencia de usted en el sitio que en este instante se disputa puede infundir nuevos bríos en nuestras filas, le concedo la gracia que solicita, deseando que la victoria corone su entusiasmo.

Don Juan, henchido de satisfacción y de ardimiento, corrió sediento de gloria al sitio del combate.

El enemigo hacía esfuerzos inauditos por alcanzar el triunfo.

Pero además de aquellos esfuerzos, el ascenso al cerro por el lado en que se hallaban las tropas mexicanas, era casi perpendicular, pero en tanto grado, que, aun para subir las municiones, había que vencer grandes y numerosas dificultades, que prolongaban la sangrienta lucha.

En medio del estruendo de las armas y de las filas de los valientes cuerpos que tan heroicamente disputaban a los norte-americanos la posesión del cerro, se veían dos seres que, lejos de sembrar la muerte como todos los demás, se ocupaban en aliviar las dolencias y necesidades de los intrépidos soldados.

Uno de ellos era Rafael, excelente médico, que en los sitios donde era mayor el estrago de las armas, se ocupaba en atender a los que caían heridos y hacerles la primera curación, sin cuidarse del peligro.

El otro era la misteriosa cantinera que, cubierta la cara, recorría las filas diezmadas por la muerte, mitigando la sed del fatigado militar.

El primero había marchado voluntariamente a la campaña, buscando la muerte como un alivio a sus desgraciados amores, como un bálsamo a la profunda pasión que le oprimía.

La segunda parecía haber tenido por móvil la utilidad que le podía tener la venta de las provisiones que había llevado desde México.

‘ Pero si éste era sólo su afán, ¿por qué entonces aquel empeño y curiosidad en seguir de cerca a los dos amigos, para no perder ni una sola de las palabras vertidas en sus conversaciones de amores?’

¿Qué le importaban a ella los padecimientos del uno ni los proyectos del otro?

¿Tenía interés, acaso, en aliviar los primeros, o en apoyar los segundos?

Difícil era adivinarlo.

Lo cierto es que, en aquel mismo día, poco antes de haber dado principio la batalla, se le había visto aproximarse con interés al amante de la hermosa Luz, como dispuesta a llamarle aparte para revelarle algún secreto, y detenerse luego sin atreverse a despegar sus labios.

¿Por qué este cambio repentino?

No nos toca por ahora decirlo.

No debemos anticipar los sucesos.

La verdad es que se la vió partir al sitio del peligro en cuanto Rafael se adelantó con la división de cazadores que marchaba a tomar el cerro.

El combate, entre tanto, seguía cada vez más encarnizado, cada vez más sangriento.

La muerte se cernía sobre la cabeza de los combatientes, eligiendo sus víctimas, sin que la victoria se decidiese por ninguno.

La noche, entretanto, avanzaba pavorosa y fría.

El sol, como manchado por la sangre que el vendabal, después de cruzar el campo de batalla llevaba en sus alas, se ocultaba entre nubes, veladas por el espeso humo del cañón.

Las tropas mexicanas, cansadas por la jornada y por la larga lucha que sostenían contra un enemigo que había escogido el terreno para combatir con ventaja empezaba a decaer con brío, cuando se presentó, sereno y confiado, el intrépido don Juan.

—¡Viva México!—exclamó arrojándose contra el enemigo con la espada desnuda y derribando de una estocada al oficial norte-americano, que llegaba arengando a sus soldados.

A aquella voz, el espíritu de los cuerpos ligeros se reanima; contesta a aquel viva con indecible entusiasmo, y llenos de valor y de confianza se lanzan con ímpetu indecible sobre sus contrarios, que apenas pueden resistir el brusco choque de las bayonetas.

La última luz del crepúsculo se ocultó por fin, dejando a la tierra envuelta en las negras sombras de la noche.

Ya no se distingue a los combatientes.

Los batallones ligeros, que son los únicos que han entrado en acción, siguen disputando la posesión del cerro, en tanto que el resto del ejército, simple espectador de la acción, sigue ansioso con la vista la dirección de los fue-

gos que le indican cuando avanzan y cuando se retiran sus compañeros de armas.

—¡Un esfuerzo supremo, y la victoria es nuestra!—se oyó gritar a don Juan.

—¡Viva México! ¡Viva el general Santa-Anna!—contestaron los soldados, henchidos de entusiasmo.

Varias descargas cerradas sucedieron a estas voces, y el terreno se enrojeció de sangre de nuevas y numerosas víctimas.

La ansiedad del ejército que observaba, era extrema.

La vista de todos estaba pendiente de la dirección del fuego.

De repente, se vió en el aire como una larga serpiente de lumbre que se alejaba huyendo de otra, que sobre la cima del cerro se ostentaba triunfalmente.

Las dianas y las músicas que se elevaban desde el vértice del punto disputado, anunciaba que la victoria había coronado a uno de los ejércitos.

¿Cuál era el que había alcanzado el triunfo?

Un arrogante joven que, montado en su brioso corcel, se presenta a los pocos instantes ante el general Santa-Anna, lo anuncia.

—Señor —dice llevando aún en la mano una espada ensangrentada—. Los norte-americanos huyeron derrotados; las tropas mexicanas coronan el cerro tan tenazmente defendido como intrépidamente ganado: yo, en nombre de mis compañeros de armas, saludo a mi general por el buen resultado del excelente plan de campaña. ¡Viva México! ¡Viva el general Santa-Anna!

—Don Juan —dijo el general—, el valor es una de las virtudes más dignas de recompensa: el de usted ha influido marcadamente en el buen éxito del combate; y yo, en nombre de la patria agradecida, le elevo al grado de capitán, tan justamente adquirido.

Y al decir esto, colocó sobre sus hombros las dos presillas que corresponden al grado de capitán.

El ejército entero aplaudió aquel grado de justicia, y el joven oficial volvió a su campamento sediento de nuevos combates y nuevas glorias.

CAPITULO V

Continúa la batalla de la Angostura

Al cansancio de la larga jornada de aquel día, y la fatiga de la sangrienta lucha sostenida con admirable denuedo por una y otra parte, siguió una noche oscura, lluviosa y fría.

Los soldados, con la ropa mojada y ateridos de frío pasaron la noche entera al vivac, frente al enemigo, sin poder encender una hoguera para calentarse, por haberse prohibido por el general en jefe que se hiciese lumbrada ninguna.

Todos sabían que la acción de aquel día sólo había sido el preludio de la gran batalla que debía tener lugar tan pronto como el sol apareciese en el horizonte.

El ejército, agobiado por la intemperie, falto de tiendas y de víveres, estropeado por la marcha penosa del desierto, anhelaba la luz de la aurora, para entrar en calor luchando, morir o triunfar pronto del enemigo, y poner término a la penosa situación que guardaba.

Molestados por la lluvia, el viento y el intenso frío que se sentía, pocos eran los soldados que podían entregarse al sueño.

Por fortuna, la desconocida mujer había colocado su cantina debajo de un árbol, y cobijada por unos petates que le servían de techo, resguardaba sus provisiones del agua.

Gracias a esta providencial circunstancia, la división que guarnecía el cerro tuvo dónde satisfacer la imperiosa necesidad de reanimar sus abatidas fuerzas con espirituosos licores, queso y galleta, que en abundancia había llevado la previsora comerciante.

Muchos de los oficiales, lejos de acercarse a la cantina, se paseaban silenciosos junto a sus compañías, entregados a las tiernas reflexiones que siempre asaltan al hombre la víspera de una gran batalla.

Todos eran valientes; todos habían arrastrado el peligro con admirable serenidad; pero sin embargo, cada cual traía a la memoria en aquel instante, el recuerdo de una madre, de una esposa, de una amante a quien tal vez no volverían a ver.

En esos momentos augustos, en que la muerte se cierne